

## EL JUICIO FINAL

Los diarios de la mañana no anunciaban ningún eclipse, y el parte meteorológico pronosticaba buen tiempo, cielo despejado y humedad escasa, por lo cual, en principio, nada justificaba la presencia de esa gran nube violácea que avanzaba pesadamente hacia la montaña, como si fuera una incongruencia, un desliz imprevisto del cielo.

No estaba dispuesto a acelerar el paso, por más que la suave brisa de septiembre se transformara en viento, como parecía dispuesta a hacer, porque era un hombre de sólidos principios, ideas políticas moderadas y convicciones fijas; en todo caso, esas hojas que ahora se elevaban, arremolinadas, por encima de su cabeza, constituían una subversión al orden de septiembre, y decidió ignorarlas. Tampoco estaba dispuesto a considerar el color morado que adquirió la montaña, completamente fuera de lugar, si se tiene en cuenta la hora del día, temprana, en que él, con paso medido, se dirigía a su empleo, en una oficina bancaria de una calle céntrica.

Pero eso no fue todo. Al llegar a la esquina —una diagonal llena de escaparates donde su perfil se dibujaba vagamente, como un maniquí lejano—, sintió una gota de agua sobre su nariz y advirtió que una dama madura, que pasaba en dirección contraria, abría su paraguas,

como una cúpula medieval. Le pareció una humillación.

Y por si no fuera bastante, el empleado del quiosco donde siempre compraba el periódico, lo saludó apresurado, mientras desplegaba un trozo de plástico sobre los diarios y revistas, que aleteó al viento como una mariposa atrapada.

—¡Qué tiempo tan raro! —se creyó en la obligación de comentar, mientras extraía del bolsillo las monedas para comprar el diario.

Vio vagas formas de mujeres bajo los impermeables ocres. Lo que más detestaba, de la brusca desaparición del sol, es que alteraba, confundía las nociones convencionales del tiempo. En efecto, ese cielo gris que se desplegaba ahora, como la carpa de un circo, podía ser el del principio de la mañana o de la media tarde, y él aborrecía las incertidumbres, el desconcierto, las vacilaciones.

Tuvo que acelerar el paso, contra su deseo, considerándolo como una pequeña humillación personal. Le pareció que la vida estaba llena de cosas así, tribulaciones y desacuerdos de imposible reparación.

La nube violácea se extendió, como una mancha de tinta, y cubrió el cielo. El aire había adquirido una tonalidad azul de Prusia, y se alegró de que esta expresión viniera a su cabeza, porque en la incertidumbre de esa mañana que parecía tarde, evocaba un orden, aunque fuera un orden militar. Pero Prusia se había perdido en alguna parte, alguna vez.

Entonces escuchó el retumbar de un trueno, hueco y cargado de electricidad, como un tímpano súbitamente desmo-

ronado. Se estremeció. Desde pequeño, no podía evitar un temblor convulso cada vez que escuchaba el trombón del cielo. Iba a enviar una carta a la Dirección de Meteorología. No era posible que se cometieran esa clase de errores en el pronóstico del tiempo. ¿Acaso él no pagaba regularmente sus impuestos? ¿Acaso no iba todos los días a su empleo, con puntualidad, y sin ausentarse jamás?

El segundo trueno, más espectacular que el primero, lo sorprendió en el instante de acelerar el paso en un cruce y retumbó, no lejos, como un gran edificio cayendo a pique. Luces negras y blancas se cruzaban en el cielo. Entonces, un chasquido que no pudo identificar le hizo elevar la cabeza. No había empezado a llover con regularidad, todavía, pero relámpagos rojos y amarillos dibujaban el cauce de ríos serpenteantes, como en los mapas del colegio. Esos relámpagos dividían en dos el cielo, y las nubes oscuras se separaban, como se alzan las cortinas en el escenario. Detrás de ellas, el paisaje que se empezaba a divisar era más sereno (le pareció vislumbrar una pequeña región celeste, pura, de bordes ambarinos). Un cielo parecía abrirse, sumiso, para dar lugar a otro. Y si todo era bronco, revuelto, húmedo y eléctrico en el cielo superficial (el que tenía más cerca de los ojos), el otro, el que aparecía detrás, era manso, irradiaba una luz armoniosa, y especialmente, no se trataba de un cielo sonoro, sino inaudible. Evocó, de inmediato, las estampas religiosas del

colegio, con sus paisajes apocalípticos, las nubes lilas y los rayos de luz que atravesaban las montañas. Todo aquello que había rechazado por pueril, en su madurez, retornaba en esta visión ingenua, como una broma de mal gusto: el lugar exacto en que el viejo se reconcilia con el niño. Y no podía dejar de mirar: durante un tiempo que no alcanzó a contar permaneció inmóvil, como si sorpresivamente hubiera perdido la capacidad de movimiento, y pensó que si alguien pasaba por su lado, en ese momento (pero ahora la calle estaba extrañamente desierta; con seguridad el mal tiempo la había despejado), lo hubiera podido confundir perfectamente con una estatua.

Entonces, súbitamente, en la gran rajadura del cielo, como un telón que se hubiera corrido, vio asomarse a Dios. No descendió, ni realizó ningún movimiento; sencillamente, asomó entre las nubes, sólo la cabeza, y ambos se contemplaron durante un momento.

Todo estaba suspendido a su alrededor: observó que los árboles de la calle flotaban, los autos yacían inmóviles, un silencio sepulcral reinaba en la calle (sólo se oía el rítmico sonido de los semáforos al cambiar), los transeúntes habían desaparecido y la luz lila de los edificios los hacía flotar, como casas que de pronto se hubieran transformado en barcas, y él, en Noé. Curiosamente, no se sentía nervioso; se sentía reconfortado y, a la vez, vagamente decepcionado. Reconfortado, porque al ser todo tan

semejante a las estampas de su infancia, cierta parte de la incertidumbre desaparecía; y decepcionado porque no podía dejar de considerar que significara lo que significara esta visión, se trataba, también, de una representación ingenua.

Por fin se encontraban frente a frente. Le pareció que era el momento más importante de su vida y que todo, desde el nacimiento, conducía a este instante, a esta revelación que era, también, una culminación.

Quiso moverse, pero le pareció que algo o alguien, sin hacer un gesto, lo retenía.

Entonces, en el interior de las casas, divisó a los demás, también, como él, suspendidos: mudos, oscuros, inmovilizados para siempre en el momento de llevarse un tenedor a la boca, de abrir una puerta, de acariciar al gato, de leer el periódico, de escribir una carta. Como muñecos mecánicos, detenidos súbitamente por un desperfecto del aparato, o inmovilizados por el deseo de un niño. Le pareció algo más: le pareció que desde el principio, en los albores claros del tiempo, cuando las cosas adquirieron por primera vez nombre, todo había conducido a esto, de una manera misteriosa pero firme, oscura e ineludible. Todo: Napoleón y los siete Infantes de Lara, los Médicis y Carlomagno, los cementerios etruscos, las órdenes teutónicas y los lapsus del lenguaje, los cuadros de Murillo, Hesíodo y las películas de Chaplin, las mujeres muertas de parto, los cisnes del Wansee y los dibujos de Utamaro, la Segunda Guerra Mundial, la música de Wagner y el martirio de Úrsula, la Revolución de

Octubre, la rebelión estudiantil en Córdoba y la ópera *Evita*, los haykús, los Beatles y Leonor de Aquitania. Todo conducía a esto, por caminos oscuros que la corta duración humana no alcanzaba a comprender, pero ahora se revelaban en su ineluctabilidad.

Era un hombre precavido y el último día no podía tomarlo de sorpresa. Había recordado los versículos que recomiendan al hombre justo prepararse para el gran advenimiento; no tenía nada que perder, porque no se había aferrado a nada, y las trompetas de Jericó, fueran los truenos que fueran, resonaron en sus oídos como el eco de una música antigua. Había esperado este día con ansiedad, pero humildemente y con mansedumbre, porque nadie debe estar tan orgulloso de sí mismo como para sentirse elegido para el último día. Se había preparado silenciosamente, sin albergar derechos, y ahora tenía su oportunidad.

Por fin se encontraban frente a frente. Escarbó en sus bolsillos. El tiempo se había detenido, cristalizado, como el agua de un lago. Mientras escarbaba en sus bolsillos, le hizo un gesto a Dios para que aguardara. ¿Qué podía significar un instante, en la inmensa eternidad?

Entonces, extrajo del bolsillo interior de su chaqueta unas cuartillas escritas a máquina (era un hombre prolijo) y calzándose los lentes (sufría una moderada presbicia) comenzó a leerle a Dios la lista de cargos que durante cincuenta años había acumulado contra él, de forma imparcial, como un anónimo investigador que ha seguido a un sospechoso sin que éste se diera cuenta.